

 NATIONAL  
GEOGRAPHIC

# TRAVELER



## Queen Island LA JOYA DE AUSTRALIA

Costa Rica 1.995 colones  
Nicaragua 60 córdobas  
El Salvador 3.50 dólares  
Guatemala 33.75 quetzales



PVP \$60.00  
30/06/17

ISLANDIA  
SURREALISTA

GALÁPAGOS  
BAJO EL AGUA

48 horas  
en Toronto





Las cuevas glaciares de Islandia permiten que uno se transporte a un planeta repleto de tonos azules alucinantes.

**UN PLANETA  
LLAMADO**  
*Islandia*

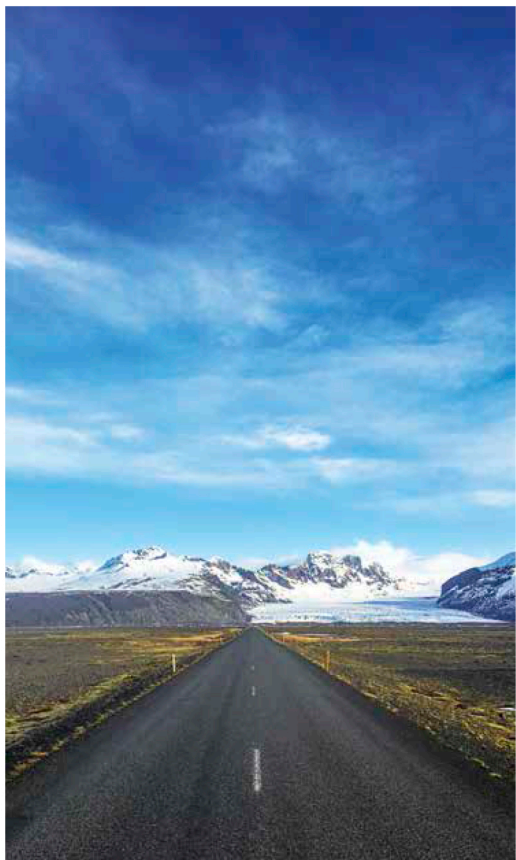
TEXTO Y FOTOS: ALAN AMPER AJZEN





La cascada Kirkjufellsfoss. Detrás, el monte Kirkjufell, en la península de Snæfellsnes, al oeste de Islandia.  
FOTO: EDUARDO FELDMAN





# Frío.

Islandia es frío. Extrañamente, mientras más frío, más impresionante. Las posibilidades de ver auroras boreales y caminar en una cueva de hielo me llevaron hasta la remota isla del Atlántico Norte para comprobar si el imaginario colectivo sobre esta nación, de escenas naturales con matices y formas atípicas, era el correcto. Para ello había que vivirla con todos los sentidos.

Islandia es un lugar particular. Todo parece como de otro planeta. La primera parada, obligada, fue en Reikiavik: una ciudad que más bien parece un gran pueblo, con casas de colores que son como de juguete, avenidas con más visitantes que lugareños y banquetas que se esconden bajo la nieve.



Las distancias entre los destinos islandeses son inmensas (pág. Op.) y pasan entre paisajes únicos como las playas negras de Reynisdrangar.





Llegué precisamente cuando el sol comenzaba a ponerse. El primer espectáculo no me defraudó: el monte Esja, frente a la línea costera que conduce al centro de conciertos y conferencias llamado Harpa; se coloreaba de naranja para contrastar con el azul marino del agua. Algunos turistas atravesaban la avenida para fotografiar el momento. Con el cielo oscuro, a solo unos pasos descubrí una escultura de Jón Gunnar Árnason, *El viajero del sol*, que asemeja un navío vikingo, aunque en realidad es un barco de ensueño, una oda al sol que se erigió en 1986 para conmemorar el aniversario 200 de la ciudad.

Reikiavik, irónicamente, es fresca. A pesar del clima, las calles están repletas de curiosos, las tabernas abren hasta entrada la tarde y los museos parecen no descansar. Un día y cinco visitas son suficientes para cautivarse: en el Saga Museum se explica cómo se desarrollaron los vikingos y celtas en la isla; una caminata entre patos y cisnes sobre el gran estanque congelado permite sentir el corazón de la ciudad; un chapuzón en alguna de las piscinas públicas también se puede convertir en una siesta; una visita al museo subterráneo Reykjavik 871 ±2 –con la exposición The Settlement Exhibition– ayuda a entender cómo lejos de toda lógica, fue buena idea establecerse en uno de los lugares más fríos y recónditos del planeta; finalmente, la esperada cita con los tan recomendados *hot dogs* callejeros. Cuatro con todo.

Pero la ciudad, aunque muy linda, es el menor de los atractivos. Como la magia está en la naturaleza, es necesario realizar expediciones. La primera me llevó a Snæfellsnes, en el extremo poniente de la isla. Según los lugareños, esta península es una pequeña muestra de todo lo que se puede encontrar en Islandia, pero de pequeña no tiene nada, todo es gigantesco. Tras varias horas de carretera y algunas paradas para admirar los

curiosos caballos islandeses, se nos presentó un fenómeno cautivador cerca de Olafsvík: montañas cubiertas de nieve, al pie de una playa negra.

El sitio se encuentra el Parque Nacional Snæfellsjokull, único en Islandia, ya que llega hasta el océano, cuenta con un glaciar del mismo nombre y con Lóndrangar, una formación de restos volcánicos erosionada por el mar. A lo largo de la isla hay una serie de pueblos pintorescos, como Hellnar y Arnars-tapi, con pocos habitantes pero que funcionan bien como campamento base para los exploradores. Los habitantes se jactan de cocinar el cordero como nadie: cualquier platillo que lo incluya los llena de orgullo, así que más tarde haríamos una parada obliga-

da en un restaurante local, Hraun. El cordero en *mousse* de hongos y mostaza no tardó en desvanecerse del platillo. Le siguió un merecido descanso en el hotel Eyja Guldsmiden, muy cerca del centro pero lejos del ruido citadino; los cuartos presentan un toque rústico, perfecto para relajarse.

Con la sed de curiosidad aún latente, iniciamos una nueva expedición, ahora en dirección sur. Max, nuestro guía de Icelandic Mountain

Guides, nos advirtió que, durante los tres días de recorrido, encontraríamos un denominador común: el frío. Y mientras más intenso, mejor. Lo que no mencionó es que hay un segundo denominador común: todos los lugares tienen nombres impronunciables; eso sí, poco a poco aprendí –o al menos eso creo– que todo aquello que terminara en *foss* sería una cascada. Con apenas unos minutos dentro de la camioneta, la primera pregunta fue si habría posibilidad de ver auroras boreales. Max se limitó a responder que era posible, pero debíamos tener paciencia y esperar que el cielo se mantuviera despejado.

Recorrimos decenas de kilómetros, cruzamos campos interminables de lava petrificada, montañas gigantescas, glaciares y el

## Una caminata entre patos y cisnes sobre el inmenso estanque congelado permite sentir el corazón de la ciudad.

Pág. Op.: los campos de lava petrificada conquistan el horizonte (arriba). En Lóndrangar no solo hay formaciones rocosas deformes, sino también cuevas para explorar (inf. izq.). Los caballos en Islandia sobreviven el frío con su pelaje grueso (inf. der.).





horizonte. Pareciera que a simple vista no existe nada más. Algunos creen que debajo de las rocas viven elfos; la creencia es tan fuerte que la construcción de carreteras está directamente relacionada con no molestarlos. De esta forma llegamos al Parque Nacional de Thingvellir, un lugar emblemático para la historia de Islandia; aquí, en un cañón kilométrico formado entre dos placas tectónicas –la Norteamericana y la Euroasiática–, se inauguró uno de los parlamentos más antiguos del mundo, en 930. Los

turistas recorren el cañón de principio a fin para descubrir cómo estas dos placas se entrelazan.

Después nos dirigimos al géiser Strokkur, que tiene la capacidad de espantar a los incautos con cada erupción. La magia del lugar no está en sus colores, sino en el contraste de la ventisca gélida y el agua hirviente que brota del suelo. El espectáculo de la naturaleza se repite intermitentemente cada ocho minutos y el agua puede alcanzar hasta 30 metros de altura, suficiente para mojar a

los turistas curiosos. El olor del azufre es especial: no molesta, pero sí es fuerte. No muy lejos se encuentra la estruendosa y deforme catarata de Gullfoss, que en un acto hipnótico obliga a dejar la cámara de lado para disfrutar la escena. El oído se regocija. El cielo no está despejado, pero poco importan las auroras boreales ante la imponente fuerza del agua. Luego, el largo camino entre carreteras sobre lava petrificada nos llevó a la cascada Seljalandsfoss (sí, otro nombre impronunciable). Basta asomarse

por la ventana para quedar boquiabierto; sin embargo, tras la caída de agua, una cueva atrae la atención de inmediato para admirarla desde sus entrañas y envolverse por el agua fresca. Mientras tanto, el cielo parece comenzar a sonreírnos.

Transitamos algunos kilómetros más sobre la carretera hasta llegar a un hotel que parecía estar perdido entre las montañas, cuando cayó la noche y el cielo finalmente se despejó. Así, nos dimos a la tarea de monitorear constantemente en búsqueda de

Pág. Op.: la escultura *El viajero del sol* es una oda al sol, pero también representa la promesa de descubrir y progresar en libertad. Arriba: Skógafoss, una cascada de 60 metros de altura, cinco kilómetros tierra adentro.





A pocos metros de la laguna Jökulsárlón, trozos de hielo encallados se pulen con los vientos del Atlántico Norte.  
FOTO: EDUARDO FELDMAN





algún destello fluorescente. Paciencia. Entrada la media noche, algunos turistas abandonaron la misión, parecía que no sucedería nada; lentamente se rindieron. Más paciencia. De improvisto, un resplandor verde encendió el cielo sobre las montañas alrededor del hotel. No tenía forma, principio ni fin. Este lujo de la naturaleza y la suerte iluminó la noche para dejar que nuestra imaginación volara. El frío pasó a segundo plano. Islandia es puro color.

Un nuevo día trajo nuevas sorpresas. Jökulsárlón, una laguna glacial donde el blanco se presenta entre un sinfín de matices, resguarda icebergs de todos los tamaños, mientras una foca se da el lujo de tomar el poco sol que se deja ver y algunos valientes desafían el frío para darse un chapuzón en el agua helada. Nada se mueve y, sin embargo, es difícil dejar de admirarlo todo. A unos metros está otra playa de arena negra donde algunos icebergs, provenientes de la laguna, flotan en el mar; otros reposan en la orilla, resistiendo el fuerte oleaje del océano Atlántico. La paleta de colores parece limitada, pero los tonos son intensos. El juego de texturas entre la arena, el hielo, el agua y las rocas deleita al tacto.

Transportarse de un lugar a otro en Islandia parece detener el tiempo, ya sea debido a las largas distancias o por lo sinuoso del camino. Tuvimos que tomar un *monster jeep* a través de capas de hielo profundo, hoyos y charcos gigantes para llegar hasta unas cuevas congeladas. Al volante iba Gudny, una islandesa que vive en medio de la nada, lo que para ella es todo. Ella es la experta que nos guió al fondo de la cueva donde el azul adquiere incontables tonalidades, algunas oscuras, otras resplandecientes. Unos turistas buscan la fotografía perfecta, otros se divierten con el hielo; algunos más imaginativos encuentran figuras en el hielo, donde parece no haber nada. Es como otro planeta. Una cueva que atrapa. Mis ojos sacian su curiosidad.

---

ALAN AMPER AJZEN es escritor y fotógrafo de gastronomía, viajes, estilo de vida y deportes para diferentes publicaciones. Tiene un romance con la comida y una obsesión con las artesanías.

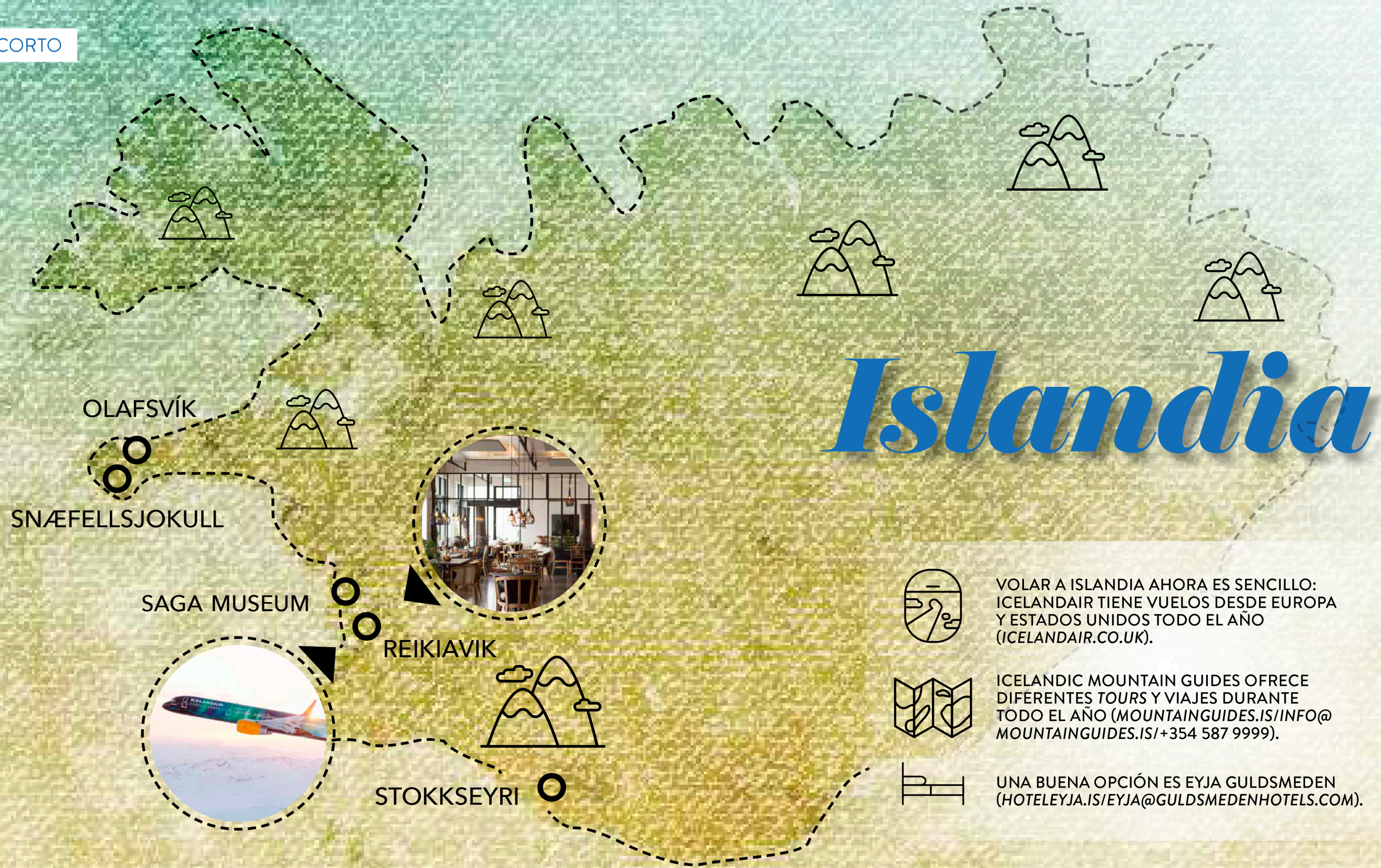
Pasamos otra noche en el remoto hotel para procesar el juego de colores y texturas, descansar y calentarnos un poco. Al día siguiente, Max seguía pronunciando palabras irrepetibles mientras nos llevaba de un lado a otro. Finalmente llegamos a la famosa playa Vik, donde la arena es negra, hay rocas en formas de columnas y un par de formaciones basálticas descansan en medio del agua. Prácticamente cada lugar de Islandia tiene una historia mágica de trols, elfos o monstruos. En Vik hay dos: la primera relata que un par de gigantes trols nocturnos trataban de rescatar un barco, pero el amanecer los petrificó; la otra, que precisamente en la cueva que está debajo de los pilares vivió por mucho tiempo un monstruo, hasta que quedó atrapado con la marea alta y murió. De cualquier forma, el lugar se revela imposible.

Tras una breve pausa para comer, nos dirigimos al glaciar Sólheimajökull (una vez más impronunciable). Hasta este momento, llegar a los escenarios naturales no había requerido realizar prácticamente ningún esfuerzo que no fuera resistirse a temblar por el frío. Sin embargo, ahora tocaba caminar cuesta arriba, hasta el tope del glaciar, así que Max nos proporcionó el equipo necesario. El panorama se torna azul, blanco y negro. El hielo y los restos de lava se conjugan en una gigantesca montaña desde donde se puede ver el mar. Son pocas las oportunidades para encontrar un glaciar y el océano tan cerca. La última parte de la expedición fue en Skógafoss, una cascada que te hace sentir miniatura. Ya sea vista desde arriba o desde abajo, la caída del agua, con sus 60 metros de altura, es impresionante.

Islandia parece otro planeta. Un lugar con formaciones, texturas y colores fuera de lo común. En esta isla remota, este espectáculo se vive con todos los sentidos, ya que –a pesar del crudo frío– la naturaleza nos abraza. Una semana y algunos cientos de kilómetros recorridos bastaron para comprender que, lejos de cualquier lógica, sería buena idea asentarse aquí. No hay lugar a dudas: valió la pena. Islandia es particular, como salida de otro mundo: intensidad, sonidos, colores y frío, mucho frío.

Cuando el clima lo permite, en las noches más frías el cielo se pinta con auroras boreales.





# Islandia



VOLAR A ISLANDIA AHORA ES SENCILLO: ICELANDAIR TIENE VUELOS DESDE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS TODO EL AÑO ([ICELANDAIR.CO.UK](http://ICELANDAIR.CO.UK)).



ICELANDIC MOUNTAIN GUIDES OFRECE DIFERENTES TOURS Y VIAJES DURANTE TODO EL AÑO ([MOUNTAINGUIDES.IS/INFO@MOUNTAINGUIDES.IS](mailto:MOUNTAINGUIDES.IS/INFO@MOUNTAINGUIDES.IS)/+354 587 9999).



UNA BUENA OPCIÓN ES EYJA GULDSMEDEN ([HOTELEYJA.IS/EYJA@GULDSMEDENHOTELS.COM](http://HOTELEYJA.IS/EYJA@GULDSMEDENHOTELS.COM)).